



La cultura de los cultivos

Una nueva oportunidad de futuro para la agroalimentación mediterránea

■ ALICIA LANGREO NAVARRO

Doctora Ingeniero Agrónomo. Directora de Saborá, S.L., Estrategias Agroalimentarias

Desde mediados de los años ochenta los países de la Unión Europea se enfrentan a una política agraria restrictiva tendente a poner fin a las cuantiosas subvenciones necesarias para mantener el nivel de precios de los productos agrarios europeos que cargan desmesuradamente el presupuesto comunitario, ponen en peligro los intercambios comerciales mundiales incluso dañando a algunos de los países cuyo desarrollo se busca por otras vías y repercuten en los consumidores. Esta limitación ha puesto definitivamente en cuestión el modelo de altos costes/altos rendimientos imperante, mediante el cual se han venido alcanzando grandes producciones muchas veces en detrimento de la calidad, fundamentalmente la calidad organoléptica.

Frente a esta situación se han puesto en marcha una serie de políticas y líneas de actuación que están encaminadas a dar vida al medio rural, haciendo de él

un espacio multiactivo no dependiente exclusivamente de la agricultura, de forma que las futuras actuaciones encajen en el marco de las cada vez más abiertas relaciones internacionales y garanticen la preservación del medio ambiente y el patrimonio. Mientras, las intoxicaciones recientes, los problemas de residuos y el miedo al uso de transgénicos están llevando a que la política comunitaria preste cada vez más atención a la calidad desde todos los puntos de vista. Esta calidad se perfila como el elemento fundamental para garantizar la competitividad de las producciones europeas.

LA ACTITUD DE LA SOCIEDAD ANTE EL MEDIO RURAL

Todas estas tendencias coinciden con una revisión en profundidad de las demandas de la sociedad en su conjunto frente al medio rural y la agricultura. Estas nuevas demandas, ya muy asentadas,

se plasman en cuestiones como el cuidado de los espacios abiertos, la oportunidad de redistribuir la población, los cuidados y conservación medioambientales, el mantenimiento del patrimonio y del paisaje, de los usos, de las costumbres, de todo lo artesano y en definitiva de las tradiciones y la cultura local, pegada a la tierra.

Paralelamente se identifican una serie de tendencias en el consumo que dan pie a nuevos enfoques de la producción y de la dinámica de la cadena alimentaria, al menos parcialmente. A los efectos de esta reflexión, interesa resaltar la existencia de segmentos cada vez más importantes de la población que demandan productos de calidad diferencial, aprecian la artesanía tradicional alimentaria, la gastronomía local y tienen una posición definida ante la opción precio versus calidad.

Estos segmentos de la población son los que a su vez están más interesados

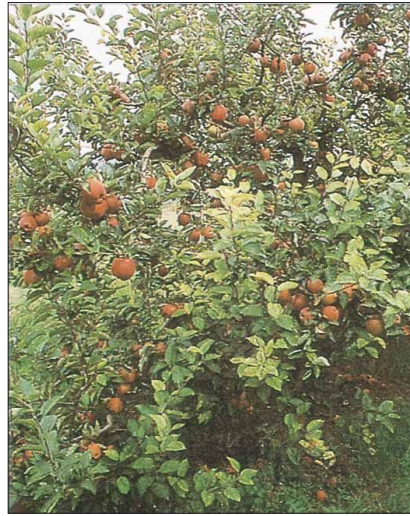
en el conocimiento del medio rural y el turismo de interior. De esta forma nos encontramos con un colectivo creciente capaz de sostener desde distintas perspectivas elementos básicos de la dinámica del desarrollo rural.

MOTOR DE DESARROLLO

En el marco de la dinámica socioeconómica del medio rural juega un papel muy importante el conjunto de “lo agrario”, no tanto por su producción final o por la población ocupada, sino por ser la base de la actividad y la vida local, el motor socioeconómico. La producción agraria en este caso es la base de la industria alimentaria y ésta a su vez arrastra la industria auxiliar y servicios.

Pensemos en sectores como el aceite de oliva o el vino, la huerta para fresco o industria, los cítricos y un largo etcétera. En estos casos los productos agrarios junto a los alimentos que se derivan de ellos son los motores económicos principales en sus comarcas, las principales industrias se relacionan con ellos y a sus necesidades responden las estructuras de los servicios y los ejes de comunicación. Su estacionalidad y condiciones de trabajo determinan las características sociolaborales de los territorios, las habilidades básicas de sus habitantes. Son cultivos que han ejercido y ejercen una enorme influencia en el paisaje y en el uso del suelo, han generado una arquitectura propia (almazaras, molinos, bodegas), las épocas de cosecha determinan las fiestas, todo lo que los rodea ha ido configurando las costumbres alimentarias y la gastronomía o el folclore, etc. En definitiva, están íntimamente ligados a la historia local. Además, la mayoría de las familias que habitan estas comarcas están directa o indirectamente ligadas a estos motores socioeconómicos.

Cuando sucede esto, los cultivos son mucho más que meras producciones económicas. La viña y las bodegas, el aceite y las almazaras o las hortalizas con sus conserveras o mercados locales y centrales hortofrutícolas se convierten



en la base de una cultura propia, la “cultura de los cultivos” que afecta a muchas más entidades que a los agentes económicos directamente implicados en la producción y en la que está interesada toda la población. Independientemente de las producciones económicas directas, la “cultura de los cultivos” se convierte en fuente de desarrollo que requiere el mantenimiento del cultivo.

A partir de ahí se plantea la participación de todos los habitantes de un área o del conjunto de la sociedad en lo que concierne a los cultivos, se abre el abanico de todos los que se sienten involucrados en su mantenimiento, cuidado y expansión. Esta nueva aproximación posibilita un marco de trabajo nuevo en el cual grandes sectores de la sociedad y determinadas instituciones aportan sus puntos de vista y establecen un marco de colaboración con los agentes económicos directamente afectados en las producciones agroalimentarias.

Los ejemplos pueden ser muchos, desde las sociedades de amigos del vino o de los quesos, los clubs de gourmets a las asociaciones locales, por ejemplo, de amas de casa que se interesan en esta cultura de los cultivos independientemente de sus intereses familiares. En torno a este nuevo concepto se abren posibilidades turísticas donde surgen nuevas empresas basadas en buena

medida en el mantenimiento de esa cultura de los cultivos y de los sectores agroalimentarios convertidos en motores socioeconómicos. A su vez, la expansión de esta cultura es una buena forma de asegurar y ampliar los mercados.

APOYO GLOBAL

La importancia creciente de la “cultura en torno a los cultivos” es la base de la Asociación de Ciudades del Vino o de la Asociación de Municipios del Olivo, ambas integradas en sus homólogas de ámbito europeo. Desde estas asociaciones, los Ayuntamientos de los municipios que tienen un mismo cultivo principal se plantean mecanismos de apoyo y mantenimiento de las producciones, formación acerca de los usos gastronómicos y la gastronomía tradicional orientada al personal de hostelería y a los hogares, formación hacia los jóvenes, vías de apoyo, conservación y uso del patrimonio, restablecimiento de las fiestas y folclore ligado a los cultivos, etc. Desde instancias de este tipo se han avalado investigaciones históricas y se ha apoyado el desarrollo de nuevos usos, se han celebrado congresos, ferias, exposiciones, se piensa en constituir una red de museos, rutas turísticas o actividades editoriales.

En esta línea, la dieta mediterránea, más allá de los beneficios sobre la salud, entroniza con la cultura de unas producciones alimentarias concretas que incluyen la pesca. Una cultura que enlaza con nuestra historia y arranca de nuestras raíces. Las medidas de apoyo a la dieta mediterránea confluyen necesariamente en el apoyo a la cultura de los productos mediterráneos básicos y encajan en los ejes del desarrollo rural. En ese objetivo de consolidación y desarrollo de la dieta mediterránea deben participar amplios segmentos de la sociedad que se sentirán involucrados en la medida en que la perciban como elemento básico de su cultura y su historia y a partir de ahí se convierta también en una oportunidad de desarrollo. □